

AFERRARNOS A LO NUESTRO

Volvemos hoy, luego de un silencio forzoso de dos meses, a retomar contacto con nuestros lectores. Pero de esa sanción no nos ocuparemos. Pertenece al pasado, y ya no interesa. Interesan nuestro país y su futuro.

Recientemente el Uruguay, perdido su rumbo, corrió grave peligro de caer en la trampa totalitaria; una trampa de la que no se sale, o si se sale —la historia, la historia rusa antes que ninguna otra, lo dirá— es merced a un rescate de lágrimas y sangre, de heroísmo y martirio, que desafía la imaginación y sobrecoge el ánimo.

Es natural que las tensiones originadas en esta etapa de extremado riesgo hayan dejado su huella distorsionante en nuestro orden institucional. Y no sería sensato pretender que el estado de derecho nos fuese restituido desde lo alto, instantáneamente. Las libertades, ahora y siempre, no son un don gratuito: hay que cortejarlas con amor, y ganarlas con esfuerzo.

Pero, al mismo tiempo, el país tiene que reencontrar su camino, y esa tarea sólo puede ser obra colectiva de los uruguayos. Y solamente podrá cumplirse en una atmósfera de diálogo. Ningún grupo, por grandes que sean sus merecimientos, puede aspirar a un monopolio de la verdad. Y si un orden nuevo fuese concebido y estructurado apenas por un pequeño grupo, fracasaría inexorablemente, cualesquiera fuesen sus virtudes intrínsecas. Sólo un orden que supusiese dividir la nación entre amos y esclavos podría ser de la autoría exclusiva de los primeros.

Pero las virtudes intrínsecas de un orden social concebido por un pequeño fragmento del cuerpo político tampoco podrían alcanzar un nivel elevado. Y esto por la misma razón que un orden económico basado en la dirección central de un comité debe fracasar inevitablemente. Porque sólo el mercado, que quiere decir la colaboración espontánea de todos, puede manejar la variedad de información y la riqueza de ingenio requeridos para el éxito económico. Y otro tanto, exactamente, cabe afirmar a propósito de lo político. El éxito económico significa prosperidad y desarrollo; el éxito político quiere decir convivencia libre bajo el derecho. Y ambos han sido en la historia fruto de un solo sistema: el nuestro, el de Occidente, el que rechaza los mesianismos y se cimenta en la colaboración espontánea de todos. Aferrémonos a él; en la crisis, cuando vemos peligrar sus valores, más que nunca.

A nosotros nos impresionan las razones que, más de un siglo antes de la riqueza de las naciones, John Milton daba en la Areopagítica para oponerse a la ley de censura. Si diérais a veinte monopolistas el privilegio de nuestro abastecimiento intelectual, veríais el hambre descender sobre nuestros espíritus. Así se dirigía el autor de El paraíso perdido a sus gobernantes. Y aún les decía: La pérdida y detrimento que este plan de censura nos impone supera el que sufriríamos si un bloqueo enemigo cerrase todos nuestros puertos al comercio, pues impediría la importación de nuestra mercancía más preciada: la verdad.

Las metáforas miltonianas tienen un sentido profundo: sólo la espontaneidad es creativa, sólo la cooperación de muchos hombres libres puede darnos la cosecha ubérrima que anhelamos, de bienes materiales, de bienes del espíritu. No hay dos sistemas; es el mismo sistema en dos ámbitos del quehacer humano. No somos coherentes si queremos liberalizar la economía y al mismo tiempo decidimos suprimir el mercado competitivo para las ideas. La libertad es indivisible.

La libertad es, al mismo tiempo, regulable. Pero regularla significa, perdónese nos la reiteración de lo obvio, someterla a reglas. No a la voluntad irrestricta del monopolista. Una regulación excesiva hace languidecer la libertad. La sujeción al monopolista la destruye.

Y una cosa más. El diálogo nacional que reclamamos tiene que desarrollarse en un lenguaje acorde con su gran jerarquía. Cuando su tema sean los actos de gobierno, el lenguaje no puede ser inhibido en su independencia por el temor a la autoridad.

Si confundimos el respeto debido con la obsecuencia y el servilismo, estamos perdidos. El Milton de la Areopagítica es nuestro. No menos nuestro es el Sócrates de la Apología, que declaraba a los jueces que acababan de condenarlo: Prefiero morir habiendo hablado a mi manera, que hablar a la vuestra y vivir... La dificultad no está en evitar la muerte, sino en evitar la indignidad. □